

La comunicación como herramienta de gestión territorial

Apuntes para el debate

Sergio Mogliati

s.mogliati@proxar.com.ar

Sergio Mogliati. Licenciado en Ciencias de la Comunicación – Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor del Seminario Medioambiente y Comunicación en la Carrera de Ciencias de la UBA y de la materia Periodismo especializado en ecología, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. Es director de la revista Hydria y consultor en temas de educación y comunicación para el sector ambiental en Argentina.

Los temas ambientales han ingresado hace relativamente poco tiempo en la agenda de la opinión pública mundial. En las casi cuatro décadas que nos separan del Informe Meadows y de la primera Cumbre de Naciones Unidas sobre Medioambiente¹ han proliferado los discursos relacionados con la temática – incluyendo los medios masivos- además de distintas iniciativas a nivel gubernamental, no gubernamental y multilateral.

El periodo marca un proceso contradictorio, ya que por un lado asistimos a una mayor generación de información científico-técnica sobre los impactos de origen antrópico sobre el medioambiente (y, en muchos casos, con gran repercusión masiva y movilizaciones en distintos lugares del mundo, especialmente en la última década), pero por otro lado se profundizó la tendencia hacia una relación *mítica* de las comunidades con la naturaleza, producto de una desterritorialización de la vida cotidiana (o falta de experiencia ambiental directa), especialmente en áreas urbanas con un nivel medio o alto de ingresos.

A su vez, en los últimos años, el creciente costo de la energía (y también de las materias primas de tipo extractivo), la movilización social sobre las diversas cuestiones relacionadas con el ambiente y, con suerte y eficacia dispares, la acción de distintas instancias internacionales que dieron como resultados varios acuerdos intergubernamentales sobre algunas temáticas², obligaron al sector productivo a intervenir sobre sus propios mecanismos de producción con el fin de reducir costos económicos o desactivar la presión de la opinión pública, y a los estados a generar marcos normativos y de gestión específicos.

Las movilizaciones populares, que impulsaron una variada gama de demandas que llevaron a considerar el ambiente como uno de los derechos básicos de los ciudadanos, también presentan un aspecto contradictorio desde el punto de vista de la gestión, ya que por un lado las demandas se asientan sobre temáticas muy específicas y –en la mayoría de los casos- locales, mientras que la gestión del territorio en general, y de los recursos naturales en particular, requiere de una mirada integral si pretende hacer efectivos dichos derechos e incorporar cuotas crecientes de justicia.

La prensa, por su parte, no ha sido capaz tampoco de un enfoque integral. La complejidad de la temática, la diversidad de disciplinas que intervienen y los tiempos no mediáticos de los problemas ambientales han contribuido a ello.

Por lo tanto, la explosión de discursos sobre la temática ambiental no es sinónimo de *conciencia* ambiental, como la proliferación de organismos ambientales no es sinónimo de una mejor *gestión*. Asimismo, la multiplicidad de grupos movilizados por estos temas en todo el mundo no es sinónimo de un avance en la *asignación óptima de recursos* o en la toma de decisiones justas o acertadas.

Es común que sobre el concepto de medioambiente o de ecología aparezcan mezcladas demandas tan diversas como la conservación de espacios naturales, protección de la calidad de vida, derechos de acceso a los servicios, mistificación de lo natural, responsabilidad ciudadana, entre muchos otros. A veces, dichas movilizaciones ponen en discusión cuestiones de fondo y, en otras, aparecen aspectos francamente regresivos.

Pero las problemáticas de tipo ambiental o territorial³ no son nuevas, sino que expresan con nuevas formas viejos conflictos, como la pobreza, la sanidad o la exclusión social. Además de la permanencia de los factores históricos que sostienen dichos problemas, la cuestión ambiental incorpora a ellos la tensión cada vez más aguda entre *crecimiento* y *sostenibilidad ambiental*⁴. Por lo tanto, los pobres, los excluidos y los enfermos⁵ (entre muchas otras) son categorías que pueden ser analizadas desde lo ambiental. Para decirlo

1 . El informe titulado *Los límites al crecimiento*, elaborado por el MIT (comisión presidida por D. L. Meadows) para el Club de Roma, y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, reunida en Estocolmo en 1972, son considerados como los hitos que marcaron el ingreso del debate ambiental a la dimensión global.

2 . Entre otras, las convenciones sobre cambio climático, biodiversidad, aves migratorias, tráfico de fauna silvestre, humedales. Este proceso se produce fundamentalmente a partir de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro en 1992.

3 . Utilizamos en este artículo los conceptos de *ambiente* y *territorio* como sinónimos. Estimamos que el primer concepto puede tener una acepción acotada, circunscripto a la agenda ecologista, al menos en algunos países. Por el contrario, creemos que el concepto de *territorio* es más adecuado para dar cuenta del carácter integral de la problemática.

4 . Existe una amplia bibliografía al respecto. Ver, entre otros, los trabajos de Joan Martínez Allier y José Manuel Naredo.

5 . Nos referimos aquí a los que padecen enfermedades evitables producto de problemáticas ambientales. La Organización Mundial de la Salud estima que el 24% de la carga de morbilidad y el 23% de mortalidad corresponde a factores ambientales. En los niños de 0 a 14 años esta incidencia aumenta al 36%. Ver *Ambientes saludables y prevención de enfermedades*, por A. Prüss-Üstün y C. Corvalán, OMS, 2006.

de otra manera, la gestión territorial es una herramienta fundamental para lograr procesos de inclusión, de redistribución y de justicia social.

La comunicación ha jugado un rol importante en el tratamiento de algunas de estas problemáticas; ha sido utilizada por ejemplo en la promoción educativa o sanitaria en el marco de programas nacionales o multilaterales. La denominada *comunicación para el desarrollo*⁶ aportó instrumentos y metodologías para desarrollar las potencialidades de las comunidades o para generar procesos de participación en la toma de decisiones.

Sin embargo, estos temas (y muchos otros) no pueden seguir siendo tratados en forma aislada, ya que lo territorial nos obliga a una mirada transversal. En consecuencia, la comunicación requiere hoy de un abordaje superador para consolidarse como herramienta de gestión, definiendo nuevos problemas, nuevos enfoques metodológicos y nuevas competencias por parte de los profesionales.

Comunicación y territorio

Las ciencias de la naturaleza (como la biología, la climatología, la física, la hidrología, la geomorfología, la geología, la química, la oceanografía, etc.) están aportando una serie de evidencias sobre los impactos de origen antrópico sobre el medioambiente que, con las marchas y contramarchas previsibles, están logrando consensos en el mundo científico y tienen una creciente difusión masiva⁷.

A pesar de ello, el grueso de los habitantes del planeta permanece ajeno a los debates y, más aún, no accede a información precisa y útil ni a espacios de reflexión sobre temas que ponen en cuestión sus propias formas y hábitos de vida. No nos referimos aquí solamente a los pobres del mundo (que son los que sufren las consecuencias directas del deterioro ambiental), sino también a las clases medias y altas que forman parte de la sociedad de consumo, principal motor de la degradación ambiental.

En este contexto, la comunicación tiene un lugar de suma importancia en la *generación de conocimiento* sobre las formas en que los distintos públicos se relacionan con el territorio y los recursos, como así también construyendo *canales de comunicación y espacios válidos de reflexión y participación*.

Estos dos desafíos –comunes a cualquier acción de comunicación– cuando se aplican a lo territorial implican revisar los problemas y los enfoques. De esta manera se definen nuevos desafíos: a) abordar lo complejo, de manera tal que las decisiones sociales puedan ser tomadas en función de una correcta evaluación de riesgos y alternativas posibles; b) reconstruir simbólicamente la relación comunidad-ambiente, que permita poner en relación las conductas y hábitos de vida con sus consecuencias ambientales a pesar de la desterritorialización de la vida urbana⁸; c) construir sentido sobre la dimensión integral de los problemas ambientales –generalmente a nivel de cuencas hidrográficas⁹–, única dimensión posible de gestión óptima del territorio y, d) redefinir las tecnologías aplicables a la solución de los problemas.

Para ilustrar lo que estamos diciendo tomaremos el caso de una inundación como ejemplo. ¿Cuál es la dimensión territorial de una inundación? Si reducimos el territorio a la *zona afectada* (es decir, a la porción del territorio con su correspondiente población y bienes que han quedado bajo el agua), tal como aparece comúnmente en boca de los funcionarios y de la prensa, el problema es operable a través de obras de infraestructura (construcción de defensas, diques, reservorios, etc.). Es decir, que la solución se realiza a

6 . Para un panorama sobre el tema ver Árbol genealógico de teorías, metodologías y estrategias en la comunicación para el desarrollo, de Silvio Waisbord. Papeer preparado para la Fundación Rockefeller.

7 . Ver, por ejemplo, los informes sectoriales de la Evaluación de los Ecosistema del Milenio, 2005. (www.millenniumassessment.org)

8 . La experiencia ambiental urbana está mediada, entre otros factores, por la existencia de servicios públicos (agua potable, cloacas, recolección de residuos sólidos, desagües pluviales, redes de energía y transportes) y por la cadena de comercialización de productos de consumo masivo. En otro trabajo abordamos este tema: *Ambiente, servicios públicos e imaginario social*, por Sergio Mogliati y Pablo Gavirati, I Jornadas Internacionales de Ecología y Lenguajes, Córdoba, agosto 2008

9 . Una cuenca hidrográfica está definida por todo el territorio en el que el agua de superficie escurre hacia un mismo cuerpo receptos (río, arroyo o lago, etc.). Existe un consenso extendido entre los profesionales de las ciencias de la naturaleza y de la ingeniería, explicitado en cuanto evento internacional se dedique al tema, que la unidad óptima de gestión del agua, pero también de los recursos naturales en general, es la cuenca hidrográfica. Ver *Gestión de recursos a nivel de cuencas*, por Axel Dourojeanni y Andrei Jouralev, Foro Agua para las Américas en el siglo XXI, México, 2002.

través de tecnologías de construcción (estructurales). La comunicación ha quedado allí totalmente fuera de la problemática.

Si, en cambio, definimos el espacio territorial a intervenir a nivel de cuenca hidrográfica del río desbordado, el problema cambia de naturaleza. Aparecen allí varios procesos que deben ser tenidos en cuenta:

- a) Los usos del suelo agrícola, que determinarán una mayor o menor infiltración del agua y, en consecuencia, un mayor o menor caudal que recibirá el río.
- b) La ocupación de los valles de inundación de los ríos en su paso por las ciudades, que determinará el espacio físico que el río tendrá para evacuar el agua y los obstáculos que encontrará dentro del mismo.
- c) Las restricciones al uso del suelo urbano, ya que su uso indebido determinará los riesgos potenciales cuando la inundación se produzca, ya sea de contaminación química o proliferación de vectores de enfermedades.
- d) La correcta utilización de los sistemas de drenaje y la limpieza urbana que afectarán la permanencia de agua en superficie durante las lluvias.
- e) La organización de sistemas de alerta temprana y su funcionamiento eficaz durante la emergencia.
- f) La disposición de mecanismos de retención de agua en los predios particulares y los porcentajes de impermeabilización del suelo fijados en los códigos urbanos.

No hace falta detallar aquí las consecuencias de diversa índole que acarrea una inundación¹⁰ (entre ellas, sanitarias, económicas, psicológicas, educativas; tanto en el momento puntual de la catástrofe como a largo plazo), al margen de las consecuencias de segregación que significan, ya sean en lo social como en lo territorial.

En los procesos descritos, todos ellos relacionados en forma directa con una inundación, son necesarias una multiplicidad de disciplinas para operar sobre el territorio. La comunicación es una de las principales. Las intervenciones estructurales, cuando son necesarias, son apenas una pequeña porción de las soluciones¹¹.

En el ejemplo mencionado se ve claramente que los problemas ambientales o territoriales requieren necesariamente un tratamiento integral y pone de relieve la estrechez de las "soluciones" atomizadas. El enfoque integral sólo es posible si esa integralidad aparece como un componente de la construcción simbólica del territorio, de manera tal que tanto los responsables de la gestión como los distintos grupos sociales (incluida la prensa) puedan elaborar consensos sobre cómo definimos un espacio en tanto unidad óptima de gestión.

Entonces será posible dimensionar correctamente los problemas, definir las acciones y las tecnologías a utilizar para resolverlos, teniendo como objetivo una mejora real en la distribución de la riqueza, un fortalecimiento de los derechos humanos y una asignación óptima de los recursos disponibles por la sociedad.

Recién entonces podremos generar y/o fortalecer las instancias supraindividuales necesarias para la gestión del territorio, ya se trate de estados (nacionales, provinciales, departamentales) o de organismos (muchas veces interjurisdiccionales) con capacidad técnica y política para asumir los desafíos.

Hacia la comunicación como herramienta de gestión territorial

En conclusión, la comunicación tiene como desafío la construcción de nuevos imaginarios, de nuevos espacios conceptuales sobre los cuales desarrollar estrategias de gestión, fruto de procesos de la participación ciudadana sobre la base del conocimiento profundo de las temáticas y de las alternativas posibles en cada caso.

10. Una inundación no es un fenómeno natural. El fenómeno natural es la lluvia, y llamamos inundación a la afectación de personas y bienes por ese fenómeno.

11. En una jornada de debate sobre la gran inundación de la ciudad de Santa Fe (Argentina) en 2003, un ingeniero comenzó el evento con esta frase: "Una obra de defensa es algo que nunca debería ser construido". La frase hace referencia a que si se aplican correctamente las soluciones no estructurales (planificación del territorio) no son necesarias las soluciones estructurales (obras de infraestructura).

El esquema que parece imperar en la mayoría de los medios de comunicación, que construyen una oposición maniquea entre demandas sociales siempre razonables frente a estados siempre sospechosos de negligencia, corrupción o desidia, puede rendir frutos en términos de *rating*, pero no parece ser el camino más fructífero para el bien común.

El análisis de los medios, y de su tratamiento de la temática ambiental o territorial es, sin dudas, valioso. Dicho campo es conocido y transitado por las ciencias de la comunicación. Sin embargo, subrayamos aquí la importancia de abrir nuevos enfoques desde esta disciplina hacia la cuestión ambiental-territorial, donde la comunicación debe interactuar con otras áreas del conocimiento social –como la sociología, la antropología, la geografía y la psicología, entre otras- para incorporar sus aportes como parte de las herramientas necesarias para el planificador en su abordaje de los complejos problemas territoriales y para el desarrollo de herramientas de gestión, ya sea en la etapa de diagnóstico, ejecución o evaluación.

Pero además, debe hacer una lectura profunda de los aportes de las ciencias de la naturaleza, buscando en ellas los aspectos determinantes para la gestión social del territorio. En este sentido, la comunicación debe hacer una lectura no reduccionista de la complejidad a que nos enfrentan estos problemas.

Por último, a las evidencias científicas que aportan las ciencias de la naturaleza sobre los impactos de nuestras acciones sobre el planeta, y al aporte de las ciencias sociales sobre la dinámica de poblaciones, la comunicación podrá sumar una especificidad como disciplina que apunte a generar los consensos necesarios para la gestión de una sociedad más justa y sostenible, y deberá profundizar los desarrollos metodológicos para lograr ese objetivo.